

¿Y por qué no...?

Para aquellas personas que no conozcan cómo es la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid, se trata de una larga galería en la que, a cada lado de la misma, se abren espacios donde se alojan los distintos Departamentos, no sólo de Historia, sino de Clásicas, Estudios Árabes y demás disciplinas. Puede sonar a paradoja, pero este edificio podría ser perfectamente el típico eje cronológico en el que se muestran las etapas históricas, desde la Prehistoria hasta la Edad Contemporánea, eso sí, de forma desordenada. Asimismo, cada Departamento, o casi, tenía su propia publicación o asociación. En este sentido, nosotros siempre hemos sido defensores de que nuestra ciencia, la Historia, no es un conjunto de procesos estancos que nada tienen que ver entre sí. Sería de estúpidos pensar que el 13 de julio de 1789 forma parte de la Edad Moderna y que un día después pasamos abruptamente a la época contemporánea. Igual podríamos hablar de todas las fechas que, a fuego, nos han marcado e inculcado, no sólo dentro de los muros de la cualquier Facultad, sino en las aulas de los colegios desde edades bien tempranas.

De una forma más o menos poética, este es el germen de nuestra revista, darle un sentido de continuidad histórica a todo el trabajo que se desarrollaba en la Facultad, siguiendo el impulso dado por ese grupo de doctorandos y estudiantes que, desde cada uno de esos Departamentos, habían creado la Asociación Historia Autónoma con el fin de cohesionar las distintas disciplinas históricas que de forma exitosa se desarrollaban en la Facultad. Una de las funciones que tenía dicha Asociación era la de ser un campo de aprendizaje, pero un tipo de aprendizaje que era incluso más importante que el que aportan los créditos de cualquier Grado o Máster: el de defenderse en un congreso con tu comunicación, saber hablar en público, responder preguntas y, en definitiva, coger experiencia para eventos de mayor envergadura. Es así como surgió el I Seminario de la Asociación Historia Autónoma, “De Milán a Cibeles: nuevas tendencias historiográficas”, que se acabó celebrando en la primavera de 2011. Y allí acudimos nosotros, con plena inocencia investigadora, y de aquel congreso surgió la primera pregunta de tantas que acabamos teniendo después: ¿y por qué no publicamos las actas del Seminario? Más tarde llegó la definitiva: y si en vez de publicar las actas, ¿por qué no creamos una revista?

Como decimos, a dicha pregunta siguieron otras tantas, pero lo importante es que, de repente, nos vimos sumidos en un largo proceso en el que sólo encontramos ayuda de tantas y tantas personas. Las primeras, nuestros compañeros de la Asociación Historia Autónoma, quienes gracias a su identidad multidisciplinar nos apoyaron en un primer momento para, acto seguido, ir nutriendo el alma de lo que meses después sería la *Revista Historia Autónoma*: una publicación multidisciplinar, con muchas ganas de crecer, de ser una primera puerta hacia la

investigación y la divulgación de la misma.

Lo que siempre tuvimos claro es que queríamos una publicación seria, que diese confianza a los autores y autoras y que fuese creciendo poco a poco. En este sentido, no podríamos haber tenido ese nivel profesional sin nuestro Comité Asesor que, de forma desinteresada, nos dio un apoyo vital en esos primeros momentos, no sólo como respaldo sino como verdaderos mentores que iban dando forma a ese popurrí de ideas que llevábamos a cada una de las reuniones. Aquí debemos hacer un alto en el camino y recordar la ayuda que nos prestó uno de nuestros maestros, Manuel Pérez Ledesma, que en aquellos años dirigía la exitosa *Revista Ayer*, publicación de referencia para tantos y tantos contemporaneístas. Gracias a sus indicaciones, terminamos de darle forma a lo que sería la estructura orgánica de nuestra revista.

Y con el paso de las semanas, acabamos por conformar un primer Comité de Redacción con quien nos presentamos ante otra pregunta: ¿y ahora qué? Pues ahora un *call for papers*, al que siguió un gran éxito con la llegada de numerosos artículos ya que, de repente, nos encontrábamos con un volumen suficiente como para cubrir dos números. “Qué maravilla” se podía leer en nuestros rostros. De ahí a la búsqueda de revisores, a la aceptación y a la temida maquetación y, de repente, ahí estábamos: el 1 de septiembre de 2013 y con la Torre Eiffel de portada, apareció publicado nuestro primer número. Quién nos iba a decir a nosotros que se llegaría a los 25, y los que quedan.

Pero entre el primero y el que alberga estas líneas han pasado muchas cosas, y entre ellas queremos destacar aquellas que han provocado el crecimiento de la revista para convertirse en la publicación que es hoy en día y que, sin duda, han mostrado el camino para que siga creciendo en el futuro. El primero fue la inclusión en el Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma gracias a la ayuda incontestable e incansable del que era su director, Juan Manuel Guillem, quien siempre confió en nosotros y en el trabajo de todo el equipo editorial. Este hecho provocó que ese afán por crear una publicación profesional se materializase, siendo un paso inicial para entrar en los tan necesarios y difíciles índices de impacto, exigencia que, a su vez, era requerida por nuestros autores. En este sentido, no podemos dejar de tener unas palabras de recuerdo y agradecimiento hacia nuestra compañera Sharon Vilches, quien se sumergió de lleno en esta labor y, a día de hoy, se siguen bebiendo los frutos de su trabajo.

Pero la vida pasa y, al igual que ha ocurrido con muchos de nuestros autores, llegan otras oportunidades y momentos. Primero Juan Carlos y después Marcos nos fuimos despidiendo de nuestra querida revista para que nuevos compañeros y compañeras diesen nuevos impulsos y energía fresca a la publicación.

Todo este recorrido, en el tiempo que duró y con sus hitos, constituyó para nosotros una prolongación de nuestra formación. Surgió de manera natural, al mismo tiempo que comenzábamos nuestra trayectoria predoctoral, pero nos dotó de nuevas herramientas que, muy probablemente, no habríamos sido capaces de adquirir en otros lugares.

Crear una revista de historia partiendo de cero, sin tener siquiera experiencia publicando contenido en estas plataformas, supuso un gran reto que a día de hoy nos sigue dando cierto vértigo. Sin embargo, lo afrontamos con decisión y, tratando de ser constantes, nos exigimos al máximo. Poco a poco, nos familiarizamos con uno de los elementos clave del panorama investigador: la publicación científica. Conocimos desde dentro en qué consiste ese proceso y qué instrumentos forman parte de él. Nos familiarizamos rápidamente con conceptos como sistemas de citación, revisión por pares ciegos o índices de impacto. Esas lecciones nos fueron tremendamente útiles cuando nosotros mismos comenzamos a enviar nuestros trabajos a otras publicaciones. De hecho, las consideramos fundamentales para quienes se inician en el mundo académico y también para aquellos que en los estudios de Grado muestran cierta vocación por continuar hacia el doctorado.

Un primer horizonte que nos abrió la revista fue el hecho de conocer otros temas de estudio. Muchas veces, los historiadores (en realidad, seguramente cualquier investigador) nos encerramos en nuestros propios temas y únicamente nos atrevemos a consultar otros tangentes al nuestro. Sin embargo, pertenecer a la *Revista Historia Autónoma* hizo posible que descubriésemos otros autores y líneas de investigación en las que sumergirnos y, en algunos casos, dialogar. La vocación interdisciplinar con la que nació la publicación facilitó este hecho y lo enfatizó, ya que dio pie a enriquecer la perspectiva histórica con la visión que se aportaba sobre el pasado desde otras áreas de conocimiento complementarias.

En aquellos momentos éramos conscientes de que constituíamos una *rara avis* entre las revistas de historia. *Revista Historia Autónoma* estaba gestionada por un grupo de personas que se encontraba todavía en fase predoctoral, sin que ningún miembro del equipo contase con una plaza fija dentro de la Universidad. Este rasgo particular nos permitió imprimir nuestro propio sello a la comunicación que manteníamos con los autores, por un lado, y con los especialistas que revisaban los textos, por otro.

El paso del tiempo y los primeros frutos del trabajo que realizábamos fueron cambiándolo todo, casi sin darnos cuenta. Como hemos señalado más arriba, *Revista Historia Autónoma* se fue profesionalizando paulatinamente. La idea primigenia con la que surgió fue evolucionando a partir de su recepción inicial, el respaldo que nos proporcionaron nuestros compañeros desde el Comité de Redacción y nuestras ganas por crecer. Así conseguimos transformar una publicación con modestas aspiraciones en una estandarizada, similar a otras con mayor grado de consolidación. El mejor ejemplo de esta apuesta por fortalecer a la revista fue la adopción del modelo *Open Journal System* para la gestión del proceso editorial, muy poco extendido en España por aquel entonces y al que nos sumamos con decisión. Todo ello nos ayudó a ir desterrando un tópico que nos persiguió en nuestros comienzos y que, con el paso del tiempo, nos llegó a causar cierta desazón. Mucha gente veía a *Revista Historia Autónoma* como una publicación de estudiantes, rodeada de un halo de amateurismo. Hoy en día, transcurridos doce

años y 25 números, un rápido análisis sobre las cifras en cuanto a lecturas y citas que arrojan sus contenidos, así como un vistazo al perfil de quiénes conforman el equipo editorial, hacen palpable que dicha afirmación no se sostiene.

Durante todos los años que estuvimos al frente de la revista, tuvimos la suerte de rodearnos de un grupo de compañeros dentro del Comité de Redacción que tenían nuestra misma visión sobre la meta que queríamos alcanzar. Su desempeño nos permitió ir creciendo poco a poco como proyecto y logramos que se fuesen incorporando personas procedentes de otros centros universitarios. En el día a día, fuimos asimilando los hábitos propios del trabajo en equipo (coordinar a diferentes personas, asignar tareas, definir procesos y tiempos, etc.) que actualmente nos resultan de gran utilidad. De ellos también fuimos capaces de aprender, no solo como investigadores en temas muy dispares respecto a los que nosotros mismos nos dedicábamos, sino también desde el punto de vista personal. Además, nos alegró sobremanera ver cómo avanzaban en su trayectoria profesional. Varios de nuestros compañeros se han doctorado y han logrado estabilizarse dentro del panorama universitario, un hecho que a nosotros nos satisface por haberlos acompañado en ese proceso.

De los miembros del Comité Asesor también extrajimos buenas lecciones, en algunos casos complementando aquellas que ellos mismos nos habían proporcionado en las aulas de la facultad o en conferencias. Al agradecimiento por su apoyo y consejo debemos unir la amabilidad con la que colaboraron los distintos especialistas que accedieron a evaluar los artículos, quienes invirtieron desinteresadamente su tiempo y su bagaje para que el contenido publicado en la revista fuese todavía mejor.

Gracias al actual equipo de *Revista Historia Autónoma* por ofrecernos estas páginas para recordar nuestra andadura en la publicación. No queremos despedirnos sin agradecer a todas y cada una de las personas que han participado en esta aventura, ya sea con quienes compartimos faena codo con codo o bien aquellos que se han incorporado después, y a quienes darán voz las personas que nos sucedieron al frente de este proyecto. Muchas gracias por vuestro trabajo y por creer en esta idea de dos locos inocentes que fueron enderezados, en muchas ocasiones, por alguien que aún no ha aparecido en este texto, pero sin quien este barco no hubiera llegado a ningún puerto. Se trata de nuestra Asesora Editorial y, mucho más importante, nuestra amiga Yolanda Sánchez Garrido, alma coherente de esos primeros años, trabajadora infatigable que siempre fue certera en sus opiniones, consejos y decisiones.

Juan Carlos Merino Morales y Marcos Marina Carranza. Fundadores y primeros directores de la Revista Autónoma (2011-2016/2018)